

Relatos de una sociedad sin Sol

Ian Canet Martínez



Capítulo 1

I: Crecer sobre los hierbajos

El triste espantapájaros veía con el sol naciente de cada día cómo los cuervos sobrevolaban la zona hasta aterrizar con suma habilidad sobre la tierra fértil del huerto en el cual se hallaba. Motivados por una hambre voraz, se dedicaban a destrozar y engullir los preciados cultivos del granjero, quien se encontraba durmiendo en casa a esas tempranas horas. Él fue su inventor, su creador, el que le dio la vida para que tratase de ahuyentar a estas aves molestas, tarea que no conseguía llevar a cabo satisfactoriamente.

Cada día, el inhumano ser soportaba los agravios y vejaciones por parte de su amo, quien le recriminaba no saber desempeñar su trabajo y no servir para nada. Postrado sobre su estructura fija y con la tez totalmente inerte, veía la expresión del granjero, hostil y feroz, dirigiéndose hacia él. Después de unos minutos repletos de insultos y maltrato, el granjero se disponía a regar sus todavía intactas hortalizas y retirar las malas hierbas adyacentes a sus cultivos. El viejo saco de paja bajaba su mirada y contemplaba con angustia cómo esos hierbajos crecían y se arraigaban en sus piernas, no dejándole así moverlas.

Tras finalizar la jornada diaria, el agricultor, enfurecido, decidió llevar más allá su ira y le propinó un empujón que dejó al pobre espantapájaros tirado sobre el campo. «¿Qué habré hecho yo para merecer esto? —se preguntaba apenado mientras se retorció sobre su soporte.» Fue en aquel mismo instante cuando un amplio cúmulo de sentimientos estalló dentro de su vacía cabeza; un mundo pareció llenar aquella desgastada bolsa de tela.

La luna llena lucía blanquinosa en el cielo, reflejando la vergüenza que sentía el ser sobrenatural sobre su misma imagen, allí entre la hierba desechada. Un río de escaso caudal comenzó a deslizarse sobre su mejilla; por primera vez manifestó sus sentimientos. Él nada entendía de aquella novedosa situación. Fuertes fuerzas afloraron en su interior, sintió rápidamente la necesidad de ponerse en pie, de volver a su antigua postura derecha, pero su atención se vio desviada antes de levantarse. Notó cómo algo desconocido presionaba y empujaba su brazo izquierdo hacia arriba; se trataba de una ramita verde que brotaba de la humedad que sus lágrimas habían dejado en la tierra. La tierna rama crecía y se alzaba sobre los demás hierbajos hostiles del campo; había sido capaz, sin duda alguna, de crear vida.

Se enderezó con dificultad y se acercó al tallo para contemplarlo mejor, quería ver más de cerca su creación. La palpó débilmente por miedo a romperla y vio cómo ésta seguía creciendo lentamente, alzándose cada vez más sobre los hierbajos hostiles. Fue en ese momento cuando el espantapájaros comprendió que él debía seguir el ejemplo del tallo, debía alejarse de aquel sitio en el cual su amo le confinó fijándole a aquel soporte de madera sin darle alternativa alguna.

El ser animado se fue levantando con sumo esfuerzo al compás de la pálida luna que se deslizaba suavemente entre las nubes y estrellas del cielo, ocultándose por momentos para luego dejarse ver con total fulgor. Se giró y contempló la silueta de la oscura casa del granjero completamente insonora, dormida. Una tímida sonrisa empezó a esbozarse en su, por primera vez, tibio rostro; sabía que todo su sufrimiento había terminado. Se volvió sobre sus talones y comenzó el lento camino hacia el inexplorado horizonte que se presentaba esperanzador allá en la lejanía.

Por fin aquel maltratado ser que vivió una pesadilla durante toda su vida caminaba ahora desprovisto de la venda, que no le dejaba ver el maravilloso interior que en él residía y merecía ser liberado.

Capítulo 2

II: El rumbo perdido

Las calles de Ravenhorn se encontraban abarrotadas por sus habitantes. Los farolillos, provistos de abundante aceite de ballena, alumbraban desde las alturas la plena ebullición de actividad que se respiraba en el ambiente. Multitud de gente acudía en masa a la gran carpa que el circo "Feliz Alegría" había montado en la periferia de la ciudad, amontonándose unos sobre otros a las puertas de la misma. En las alturas, la pálida luz de la luna guiaba el camino que debían recorrer para llegar a ver la actuación del gran comediante Risón, quién iluminaba los corazones de la gente cual antorcha que ahuyenta la oscuridad.

Extensa fama rodeaba la figura de aquel alegre hombre que abandonaba siempre su anonimato dando un gran salto impulsado por una improvisada catapulta, acompañado por el agradable sonido de tambores y trompetas. Se convertía en el protagonista del espectáculo tan rápidamente como los mortecinos labios de la gente dejaban de serlo para dar paso a una hermosa sonrisa, la cual se compenetraba con unos ilusionados e impresionados ojos. Numerosos trucos de magia se entrelazaban con continuados paseos a escasos centímetros de los espectadores, interactuando con los alegres rostros de los más pequeños. Los espectadores acostumbraban a tratar de tocar la vistosa y esférica nariz del célebre comediante cuando éste se paseaba junto a ellos. Se trataba de un particular objeto que cambiaba de color tras el contacto; gran diversidad de colorines se reflejaban en sus rojizas mejillas a lo largo de toda la actuación.

El trotamundos Risón sabía que no debía acaparar todo el protagonismo, así pues, llegado el momento adecuado cedía su atención a los demás trapeceistas y domadores que conformaban la actuación, quienes trataban de ganarse las miradas de un público enamorado de Risón, que ahora había pasado a ser el presentador. Los elefantes obedecían ciegamente las instrucciones de sus domadores, siempre con los ojos temerosos puestos en el látigo que sujetaban; mientras los tigres, de imponente pelaje anaranjado tocado con rayas negruzcas, saltaban entre los diferentes aros que habían acomodado sus domadores a modo de circuito, alguno de ellos incluso embadurnado en vivas llamas que el animal temía. También había espacio para los elegantes corceles blancos que se paseaban por el escenario con impoluto trote y cuidado pelaje.

La luz se adueñaba del interior mediante un sinfín de antorchas y farolillos perfectamente colocados y repartidos entre los diversos maderos que ayudaban a sujetar la carpa. El aplauso del público y su griterío impregnaban de felicidad el ambiente que se respiraba dentro de la carpa, como moneda de pago hacia aquellos profesionales que amaban hacer

feliz a la gente. Pero de entre todos los presentes, un hombre ocultaba una profunda depresión tras una perfecta sonrisa dibujada en su rostro, se limitaba a seguir el concierto de risas que ofrecían los habitantes de la ciudad. El espectáculo solía terminar ahogado en tambores y trompetas, con todos los especialistas aplaudiendo ante el público. Risón solía dedicar unas palabras cargadas de agradecimiento para dar el punto y final.

Al día siguiente, el deprimido hombre acudió a la consulta del doctor Pizzi, un afamado médico que había establecido su consulta en Ravenhorn por un tiempo. Pizzi recorría los caminos del reino tratando las dolencias de sus habitantes y embolsándose unos generosos honorarios por ello.

—Doctor, estoy sumido en la más grande miseria. Llevo en depresión unos dos años y no sé qué hacer con mi vida —«A decir verdad, ni siquiera recuerdo cuándo comenzó todo esto... —pensó angustiado—». Siento que ya nada consigue llenarme. He perdido el rumbo —sollozó con la mirada fija en el suelo.

Ante los ojos del doctor se dibujó un hombre que rompió a llorar violentamente mientras apoyaba la cabeza sobre sus rodillas, manchando sus pantalones con gordas lágrimas. El doctor se inclinó a su lado mientras le frotaba la espalda.

—Vaya a ver al comediante Risón, actualmente se encuentra en la ciudad. Él le animará con sus increíbles actuaciones y le hará encontrar su camino —dijo el ilustre hombre mientras esbozaba una sonrisa. «Si no lo hace él, no sé quién podría ayudarte».

Reconfortado, el hombre se incorporó, tendió una débil mano al doctor como agradecimiento por su consejo y se limitó a salir de la consulta sin perder tiempo. Mientras cerraba la puerta, del bolsillo izquierdo del pantalón de aquel hombre deprimido pareció caer una esfera de goma que rebotó sobre los adoquines de la calle, dejando tras de sí un concierto de colores que cambiaban a ritmo de tambores y trompetas.

Capítulo 3

III: El señor DuMonde

Mi madre siempre me decía que los monstruos existían y vivían cerca de nosotros. Yo siempre he sido una chica racional e inteligente, incluso desde pequeña cuando los cuentos de hadas y duendes me aborrecían y obligaban a desconectar de aquellas situaciones improbables. Yo no la hubiera creído por nada del mundo, pero ella se empeñaba en hablarme del señor DuMonde, un malvado ser que habitaba en nuestro sótano donde guardábamos todos los muebles y el material que no usábamos. La puerta mediante la cual accedías a la escalera que bajaba a aquella desconcertante habitación comenzó a dibujarse fría y aterradora ante mis ojos. Pocas veces me atreví a abrirla. «Y aquellas veces que lo hice, acabé arrepintiéndome».

Una oscura noche en que la Luna se posaba sobre un negro telón profanado por millones de puntitos blancos, mi inseparable gato Zumi decidió hacer caso omiso de las advertencias de mamá y bajó peldaño a peldaño la escalera que llevaba al sótano, perdiéndose entre la creciente penumbra. Desconocía por qué la puerta se encontraba abierta, no era nada habitual que la habitación se encontrase accesible. Me acerqué al marco de la puerta y contemplé aquel horizonte infinito y falto de iluminación mientras llamaba reiteradamente al gato. Dos ojos rojizos comenzaron a materializarse a la par que unos gruñidos advirtieron de una presencia escondida en la negrura. Sin duda alguna era él, el señor DuMonde, de quien mi madre tanto me había hablado. Mi sangre se heló súbitamente sin dejarme esbozar un chillido que describiera el terror interno que sentía; salí corriendo hacia mi habitación y me tapé con las sábanas. No me atreví a girarme para comprobar si me seguía durante la carrera, aunque pronto mis dudas quedaron resueltas. Unos desagradables chirridos comenzaron a emitirse detrás de la puerta, el señor DuMonde estaba llamándome con sus afiladas garras. «Cómo conseguí dormirme aquella noche todavía sigue siendo un misterio para mí hoy en día». Nunca le conté a mi madre mi encuentro con el monstruo por miedo a que me castigase, pero sí le preguntaba constantemente acerca de mi padre, a quien hacía años que no veía.

—¿Mamá, cuando va a venir a vernos papá? —preguntaba inocente, anhelando que me diese una fecha concreta.

—Papá sigue fuera, cariño. Está trabajando en un proyecto que le llevará mucho tiempo de terminar. Pero antes de irse nos dejó esto para que no le echásemos de menos hasta que volviese —me tranquilizaba mientras me enseñaba la fotografía donde posábamos los tres sonriendo.

Pasaron los años y con ellos mis miedos hacia los monstruos. En la escuela solía comentar aquella horrible experiencia con mis más íntimas amigas, de las cuales ninguna respuesta de apoyo pude obtener. Todas reían mientras sus miradas cómplices delataban la gran tontería que habían escuchado. Fue tal el acoso que recibí por parte de mis compañeros cuando el rumor se extendió que me armé de valor y una noche, cuando los truenos campaban a sus anchas en las alturas, decidí bajar al sótano. "Eres una miedica que aún cree en monstruos a estas alturas", me gritaban en tono burlesco por los pasillos. Estaba dispuesta a conseguir que se tragasen aquellas duras palabras, así que equipada con una linterna que emitía una luz muy débil y entrecortada, seguramente debido a la falta de pilas, empecé a descender los peldaños lentamente para hacer el menor ruido posible.

Cuando me encontraba a la mitad del tramo, unos maullidos que desgarraron el sepulcral silencio en el cual me hallaba inmersa consiguieron que girara sobre mis talones. Se trataba de Zumi, sabía lo que allí abajo me aguardaba y trataba de advertirme, a lo que yo respondí con un simple "¡Fuera!" para volver a mi misión.

La débil luz comenzó a posarse en todos los rincones de la habitación, desnudándola y dejándola a merced de mis curiosos ojos. No recordaba haber bajado allí en muchísimo tiempo, todo me parecía extraño y desconocido tras la oscuridad del lugar. Me fijé en la pequeña ventana donde entraban unos frágiles hilos de luz que apenas incidían sobre la multitud de objetos que allí había.

Repentinamente, el cielo se iluminó con virulencia y la penumbra del lugar se esfumó. Pude ver perfectamente como unas enormes fauces se abrían a escasos centímetros de mi rostro al compás de unos ojos rojizos que se posaban en mí. Dejé caer la linterna, la cual se fragmentó en mil pedazos, y devoré los peldaños de la escalera con grandes zancadas.

Otra vez tuve ese encuentro frío con el señor DuMonde, un misterioso ser antisocial y poco cortés con las visitas. A menudo me preguntaba por qué a Zumi no le hizo nada en su visita unos años atrás. «Incluso llegué a pensar que quizás fuesen amigos».

Esta vez sí estaba dispuesta a dialogar con el monstruo y a hacerle escuchar mis quejas. Su mera existencia me había aterrado a lo largo de mi infancia y pensaba cambiar aquella situación. Había terminado mis estudios en el colegio y no estaba dispuesta a que mi fama se trasladase conmigo al nuevo instituto. Arrojada con la luz solar que albergaba el sótano, decidí bajar mientras gritaba su nombre. No recibí respuesta

alguna, lo cual me inquietaba. ¿Sería posible que durante el día no apareciera aquel grotesco ser?

Mi azulada mirada comenzó a analizar todos y cada uno de los elementos que habían allí. Multitud de cajas apiladas en los rincones acompañaban a enormes estanterías repletas de libros, algunos de los cuales pude identificar debido a que los había utilizado los años anteriores. A mi derecha pude divisar de nuevo aquella enorme boca, situada sobre una gran cabeza de ojos rojos, que trató de comerme en el pasado. Quizás se trató del momento más vergonzoso de mi vida, que por suerte viví en solitario. Por fin conocí al señor DuMonde, mi ansiado deseo durante la infancia se había cumplido y nada más práctico parecieron esbozar mis labios que una estrepitosa carcajada. No sé cómo le sentó al monstruo que se riesen de él, pero desde luego a la enorme estatua en forma de dragón adyacente a la barandilla de la escalera no pareció inmutarle.

Acto seguido decidí aprovechar la claridad de la mañana y curiosear entre los inacabables papelorios que allí había. Para mi sorpresa, encontré una caja bastante escondida donde la palabra "denuncia" se encontraba escrita en el lateral de ésta. Tras observar detenidamente las numerosas fotografías que había dentro de un sobre sellado, quedé paralizada, muerta de miedo como lo estuve años atrás con mis fortuitos encuentros. Unos papeles que se encontraban en el fondo de la caja me afirmaron lo evidente, mi padre era un maltratador, y en aquellos momentos se encontraba cumpliendo condena. Mi madre había sufrido su incontenible ira durante años hasta que decidió poner fin a aquel tormento injustificable. Nunca quiso alarmarme y por ello respondía con falsas evasivas a mis preguntas.

Estupefacta, comprendí entonces las palabras de mamá mientras dos cristalinos ríos discurrían sobre mis mejillas: "los monstruos realmente existían y caminaban entre nosotros". Me acerqué y acaricié tímidamente al grisáceo dragón, a quien había temido antaño. El señor DuMonde nunca había querido hacerme daño por fiero que pereziese; se había limitado a protegerme de aquel terrible secreto hasta que fuera lo suficientemente madura para comprenderlo y asimilarlo, tarea que se presentaba triste y difícil.

—Ha sido un placer conocerte. Muchas gracias por todo, señor DuMonde
—«Siempre cuidaste de mí».

Capítulo 4

IV: El castillo del odio

La excursión mañanera transcurría en paz y armonía por los verdes montes del Piamonte, cubiertos de hermosas flores rojas y amarillas en las cuales revoloteaban las abejas. El profesor iba a la cabeza del grupo, explicando la vegetación y todas aquellas viejas construcciones que a su paso se encontraban, al tiempo que vigilaba de forma recurrente que el conjunto de estudiantes no se dispersara. Llegaron a un enorme claro situado a cierta altura y a la lejanía los alumnos divisaron lo que parecía ser un alto castillo, rodeado de casas ruinosas.

—¿Profesor, qué es aquello de allí? —preguntó curioso el más extrovertido del grupo mientras señalaba la ubicación con el dedo índice.

—¿Oh, es que nunca habéis oído hablar del “Castillo del Encorvado”? —una enigmática sonrisa se dibujó en sus facciones—. Bueno, de no ser así, dad por sentado que hoy no os iréis a dormir sin saber algo nuevo —«Y qué gran historia para contar... —pensó el maestro disponiéndose a narrarles lo acontecido».

»Cuenta la leyenda que Piero Utrezza “El Encorvado” era un habitante de la ciudad de Pentiri, de cuya urbe hoy en día solamente quedan las ruinas que aquí en la explanada vemos. Su infancia no fue fácil, pues se vio envuelta en abusos y maltratos por parte de sus compañeros de escuela debido a su malformación física. Por mucho que trataba de buscar ayuda y refugiarse en los profesores, estos miraban hacia otro lado dejándole solo a merced de los odiosos niños. Su único refugio se dibujaba ante sus ojos tras salir del colegio y cruzar un par de calles; su casa. Siempre recorría el camino bajo la atenta e indiferente mirada de sus vecinos, quienes a pesar de conocer su situación se mostraban impasibles.

»El infeliz joven creció en el anonimato, tratando de no mostrar su angustia al mundo. Con el tiempo, los insultos y la indiferencia hacia él disminuyeron, pero no la negra alma que en su interior se había gestado. Se fue volviendo frío y desconfiado, incluso con su propia familia. Pero un día, lo que pareció ser una suerte para él, en realidad fue una desgracia para todos. Dos caballeros perfectamente vestidos con armaduras de placas relucientes y capas rojas, se plantaron ante la puerta de su casa, sujetando un pergamino donde podía leerse perfectamente la palabra “alcalde”.

»Esta ciudad era diferente, especial, puesto que se trataba de la única en toda Italia donde, por privilegio, se elegía el alcalde mediante un sorteo, sin votación. El puesto de magistrado se encontraba libre a consecuencia del repentino fallecimiento hacía escasos días del anterior alcalde. Se

trataba de un hombre muy querido y respetado por los vecinos de la zona que había traído prosperidad y crecimiento a la ciudad. Oscuros pensamientos parecieron gestarse a partir de ese momento en su mente; una forzada sonrisa se esbozó en su rostro a la par que aceptaba el puesto. Sus padres, asustados, empezaron a temerse lo peor, y pronto comprobaron que estaban en lo cierto.

»Las calles de Pentiri rápidamente se llenaron de rumores y murmullos; de miradas huidizas y temerosas; de ventanas que se cerraban al paso del nuevo corregidor. Sombras delictivas cobraron vida en las negras noches, la ciudad se volvió insegura. El Encorvado destinó los fondos de las arcas públicas a la construcción de estatuas y monumentos que realzaran su grandeza personal; descuidando por completo la seguridad, la sanidad y la educación del lugar. La gente empobreció a los pocos meses de mandato tanto en salud como en riqueza. Todos creían que habían tocado fondo, que nada peor podría deparar el futuro, pero por desgracia aquello no había hecho más que empezar.

»Tras un año desastroso, el alcalde, asqueado por la idea de tener que pasear por las mismas calles que albergaban a sus anteriores maltratadores, mandó construir un castillo alto, hecho de negra piedra con pequeñas ventanas desde las cuáles pudiera vigilarles día y noche. A cada losa que veía colocar en su particular nuevo hogar, dos más entraban en juego dentro de sus pensamientos; quería acercarse al cielo, alejarse de los demás. Deseaba un castillo más, más y más alto. Soñaba con poder tocar las estrellas bajo la atónita mirada de los ciudadanos. Soñaba con ser mejor que todos.

»Los arquitectos le advirtieron en reiteradas ocasiones: "Si sigue aumentando la altura, el castillo no se podrá sostener y caerá", señalaban temerosos. Pero el magistrado hizo caso omiso a los comentarios de los expertos en el arte de la construcción, a quienes también despreciaba y veía como una parte más de la, para él, vulgar población. Sus predicciones no tardaron en confirmarse. Un día durante la mañana, cuando el sol lucía radiante y el cielo se mostraba desprovisto de nube alguna, llegaron las malas noticias para Piero. La ampliación de tierras que había pedido al rey para seguir aumentando su colección de monumentos le había sido denegada. Rabioso, golpeó con incontenible furia las paredes de su despacho, situado a escasos pisos del suelo firme de la explanada.

»Todos sus sentimientos de enfado se convirtieron en miedo de forma tan rápida como un simple parpadeo de ojos. La anteriormente dura piedra parecía ahora ser frágil como el papel e incontables grietas empezaron a resquebrajar las paredes, trayendo fuertes temblores como acompañantes. Quiso hacer de su hogar un sitio tan grande que no le dio tiempo a escapar del derrumbe. Los ciudadanos salieron de sus casas aterrorizados por el terremoto que se estaba produciendo y contemplaron atónitos como la enorme masa de odio, que ellos mismos habían creado

años atrás de forma consciente, se les echaba encima. El cielo quedó cubierto por una grisácea polvareda, todo quedó bañado en las sombras. Incontables gritos de innumerable magnitud se adueñaron de las calles que, con las horas, fueron disminuyendo de intensidad hasta que todo quedó en un sepulcral silencio.

»Y esa es la historia de Piero Utrezza. Que sea verdad o no, no está en nuestra mano saberlo a ciencia cierta. Pero que de ella se pueda sacar una moraleja, no tengo la menor duda —concluyó el profesor mientras se fijaba curioso en las caras pensativas de los alumnos.

Capítulo 5

V: Una lucha que no entiende

El joven gorrión se posa sobre la seca rama del árbol que yace a escasos metros de la sangrienta batalla que enfrenta a los viejos samuráis con los novedosos ejércitos provistos de pólvora. Posa sus negros y enérgicos ojos sobre la lucha que allá abajo acontece; ante él se dibuja una multitud inacabable de figuras toscas y robustas, que bailan unas con otras mientras algunos caen al suelo, rendidos, pintados de rojo carmesí. El alegre pajarito gira su cabeza vivamente tras escuchar unos ensordecedores cánticos, provenientes de unas estructuras metálicas que se encuentran a cierta distancia del baile; el estruendo le hace aletear unos instantes puesto que la rama se ha visto obligada a vibrar. Aquellos extraños instrumentos escupen vivos colores que iluminan y se posan en las prendas de los artilleros que los hacen accionar. Ahora sí, ve claramente como el juego se decanta hacia el equipo que posee aquellas estructuras fijadas al suelo, puesto que los contrarios yacen en tierra tendiendo la mano en señal de ayuda, esperando el abrazo del contrario y el regreso a casa para seguir con sus vidas tras una ociosa tarde.

El inexperto gorrión parece entender la naturaleza juguetona del ser humano. Los observa mientras emprende el suave vuelo que le lleva a posarse en el brazo de unos de los jugadores caídos, reclamándole su atención, queriendo participar en el juego; pero este parece no emitir respuesta alguna. Se vuelve completamente y observa con curiosidad a la par que con excitación a uno de los jugadores que quedaron en pie, que se aproxima lentamente hacia él. Avanza unos pasos minúsculos hacia el desconocido ser provisto de robusta ropa que destella tras el impacto del sol; éste le acerca un alargado objeto que emana un calor notorio, llegando incluso a rozarle las tímidas plumas que se encuentran en su vientre.

Parece accionar un mecanismo que emite un chasquido seco. El gorrión es consciente de que ahora le toca a él jugar y espera ansioso el momento del baile.

Capítulo 6

VI: La agonía verdosa

Se llamaba Elikham Woods y vivía en un pobre barrio londinense. Se dedicaba a vagar sin rumbo fijo, avanzando por las angostas calles iluminadas por la luz artificial de las farolas. El cielo lucía triste, cubierto por la negra nube tóxica que la revolución industrial había traído consigo. Los padres del joven habían muerto en un accidente y lo habían dejado solo, a la merced de una cruel sociedad que solo miraba por su propio interés, sin ayudar al necesitado. Cansado de ser rechazado en la mayoría de sitios y trabajos, pocas más opciones le seguían quedando que robar en los puestos de comida del mercado para no morir de hambre. A pesar de su debilidad, deslumbraba en el arte de huir raudo y veloz si el tendero le descubría.

El ser humano es capaz de hacer cosas impensables en momentos de extrema necesidad, y es por ello que el rostro del joven se mostraba impasible mientras el frío acero de la pistola hacía contacto con su frente. Cansado de vivir, de no encontrarle sentido ni utilidad a su vida, de tener que delinquir para poder seguir viviendo un día más, de soportar las miradas y los malos tratos de la gente por la calle, de no tener un hombro sobre el cuál recostar su cabeza y teñirlo con lágrimas. Tembloroso, se dispuso a apretar el gatillo. Pero en un acto de solidaridad, el arma emitió un sonido fallido y el cansancio se apoderó de su cuerpo; su cabeza cayó golpeando con violencia la mesa de su improvisada habitación.

En lo que pareció ser un sueño muy real, una sombra se apareció cruzada de brazos, moviendo la cabeza de un lado a otro, recriminándole lo que había estado a punto de hacer. El joven la observaba desde el suelo, quiso incorporarse para acercarse a ella pero una fuerza invisible le impedía hacerlo. Aquella misteriosa silueta se fue acercando hasta que estuvo tan cerca que Elikham pudo ver su rostro. Ante sus ojos se dibujó una tez negra, desprovista de formas, como una visión hacia el vacío. Se quedaron unos minutos mirándose el uno al otro, inertes, curiosos. Finalmente, la sombra se volvió y se perdió en la oscuridad de la lejanía, de donde había emergido.

Elikham se incorporó con violencia, completamente sudado; se encontraba nervioso por lo que creía haber vivido. Su respiración se fue tranquilizando al mismo tiempo que su boca esbozaba una sonrisa. Había visto algo en el infinito de aquel singular rostro que le daría una segunda oportunidad en la vida. Y así fue, industrias Woods no tardó en propagarse por todo el país y proveerlo de un raro combustible que parecía reciclarse automáticamente y no agotarse nunca. La receta incluía abundante aceite de ballena, un espeso líquido que estaba cansado de ver en la zona y que ahora le tendía la mano. El dinero pareció lloverle del contaminado cielo.

Lo palpaba fascinado, no estaba acostumbrado a ese material. Sabía que quería más y más.

Fue tal su obsesión por el dinero que incluso se olvidó de comer por el día y dormir en la noche, prefería estar pendiente de sus trabajadores y castigarles si el índice de producción bajaba. Toda la energía que no obtenía de los alimentos o el descanso parecía absorberla de los billetes. Incluso ordenaba a sus criados preparar bañeras con ellos, para luego meterse y regocijarse de su éxito, llevándose a la boca incluso algún que otro de esos papeles verdosos. Lo que en un principio pareció ser una segunda oportunidad, pronto desembocó en una trampa mortal de la cual no pudo salir.

Totalmente agotado y desnutrido, sus piernas parecían no poder sostenerle ya. Se arrastró por el imponente observatorio hacia lo que parecía una silueta en la lejanía. Volvió a contemplar esa cara en busca de una nueva receta que parase aquel tormento, pero nada de eso encontró, sino la visión de una oscura agonía por el dinero que le consumía por dentro. La sombra movió la cabeza de un lado a otro, decepcionada al ver cómo había desaprovechado la ocasión que se le había presentado mientras observaba el sufrimiento del joven. Aquello que parecía haber sido un aliado, resultó ahora tener una neutral postura.

—Ayúdame, por favor, tú puedes parar esto —gritaba sin fuerzas el joven, esperando una respuesta, una salvación.

Sus ojos se tiñeron de lágrimas cuando al fin comprendió que su salvación dependía únicamente de él y se lamentó de todo lo que en aquellos momentos era ya imposible de deshacer. Nunca obtuvo esa tercera oportunidad, en su lugar recibió una agoniosa muerte por aquello que siempre había anhelado tener y nunca supo controlar.